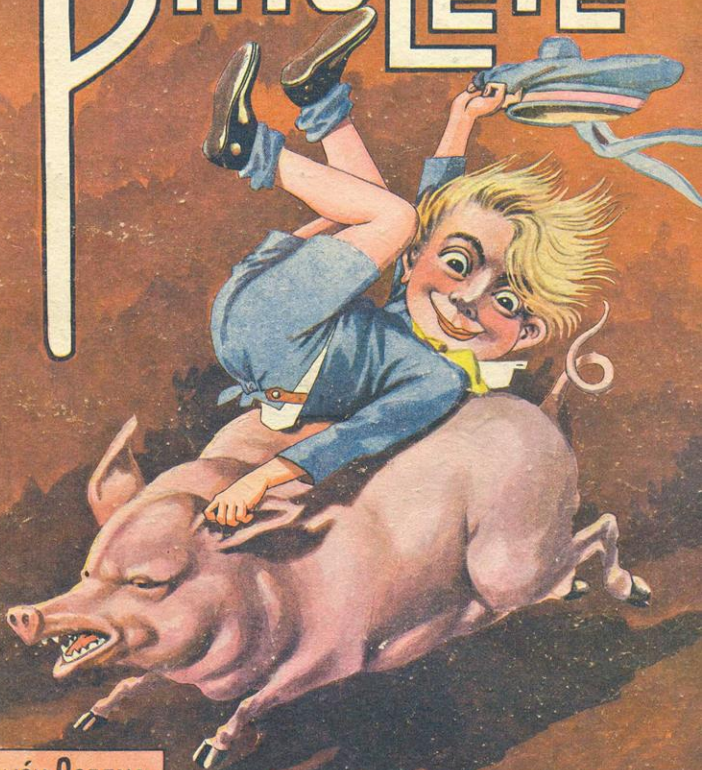


XIV. — Cuentos
en Colores

Viajes DE PIRULETE



RAMÓN SOPENA
PROVENZA 93-97-BARCELONA

DIBUJOS DE ASHA

VIAJES DE PIRULETE



PIRULETE, que no era capaz de permanecer mucho tiempo en parte alguna, resolvió recorrer el mundo; pero, como no tenía dinero y

a él no le detenían los obstáculos, resolvió viajar gratis.

Al efecto, subió a un tranvía y se colocó democráticamente sobre un tope; pero el viaje fue muy accidentado...



Un cohero, al pasar a su lado, le descargó un golpe de fusta, y otro turista, como él



le disputó el asiento a puñetazos, desarrrollándose un drama terrible y cinematográfico en la trase-
ra del tranvía, mientras el ve-
hículo corría ve-
lozmente. Piru-
lete venció
y quedó
dueño abso-
luto del to-
pe, donde
unos man-
gueros le
pusieron he-

cho una sopa, asestándole

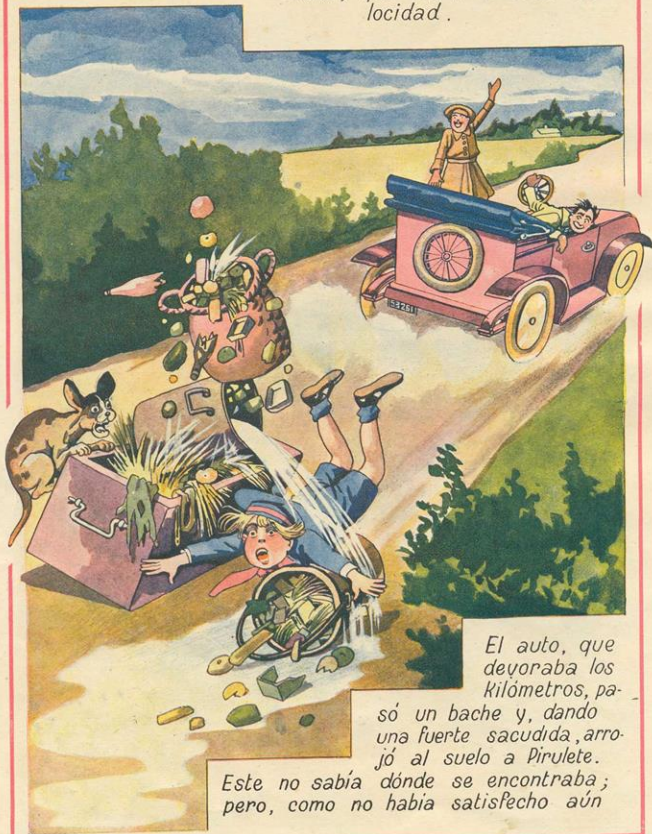
la manga para obligarle a abandonar el asiento.

Pirulete aguantó el chaparrón y prosiguió el viaje encaramado sobre el tope; pero un perrazo de malas pulgas se empeñó en morderle los talones y le hizo pasar un gran susto.



Por último,
el cobrador del tranvía
le dió un pescozón y
le hizo caer en medio del arroyo,
donde quedó Pirulete en postura poco académica.

No se acobardó, sin embargo, y, apenas repuesto de la emoción, montó en la trasera de un automóvil, que corría a toda velocidad.



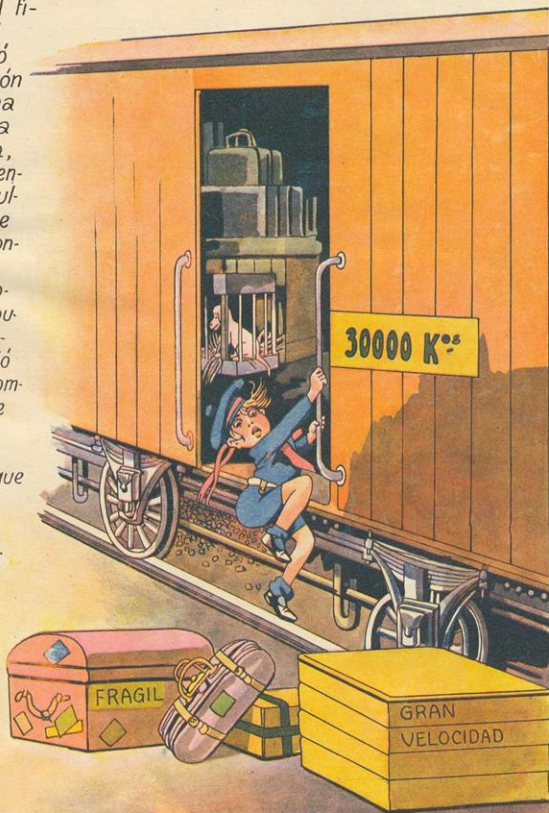
El auto, que devoraba los kilómetros, pasó un bache y, dando una fuerte sacudida, arrojó al suelo a Pirulete.

Este no sabía dónde se encontraba; pero, como no había satisfecho aún

completamente su deseo de viajar, encaminóse a una estación ferroviaria sin pasar por el despacho de billetes y entró en el andén.

Al final del tren vió un vagón con una perrera abierta, donde entró, ocultándose en el fondo.

Pocos minutos después vió con asombro que metían allí un perro que tenía malas pulgas.



El chucho demostraba que no le agradaban los viajes en ferrocarril.



— ¡Qué tonto! — pensó Pirulete. — ¡Tan bien como se va aquí! Como el perro es amigo del hombre, estoy seguro de que haremos una buena pareja, y de que, al fin, entablaremos estrecha amistad. Además, le haré compañía, porque parece que le da miedo viajar solo...

Empezó a andar el tren, y el perro, que hasta entonces no había visto a Pirulete, al advertir que no estaba



solo, enseñó los dientes a su compañero de viaje, amenazando devorarlo. Pirulete trató de defenderse y, entre puntapiés del uno y mordiscos del otro, llegaron a un apeadero, que sólo distaba un kiló-

metro de la estación de partida A los gritos de Pirulete, acudieron algunos empleados y guardias.

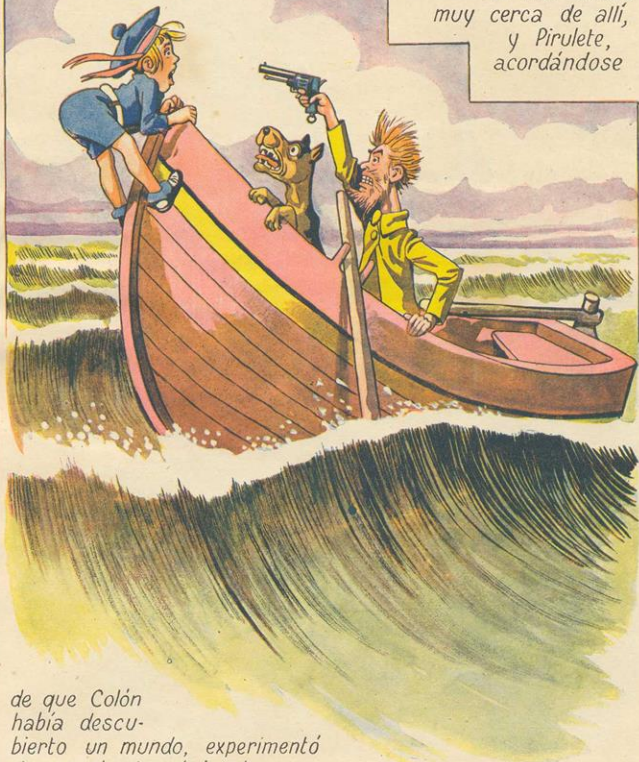
El chiquillo, llorando, les dijo que un malhechor lo había encerrado allí a viva fuerza, y mostró los destrozos de su ropa.



Una mujer compasiva remendó el fondo del pantalón estropeado, y los empleados y guardias

le dieron crédito y
lo dejaron marchar
libremente.

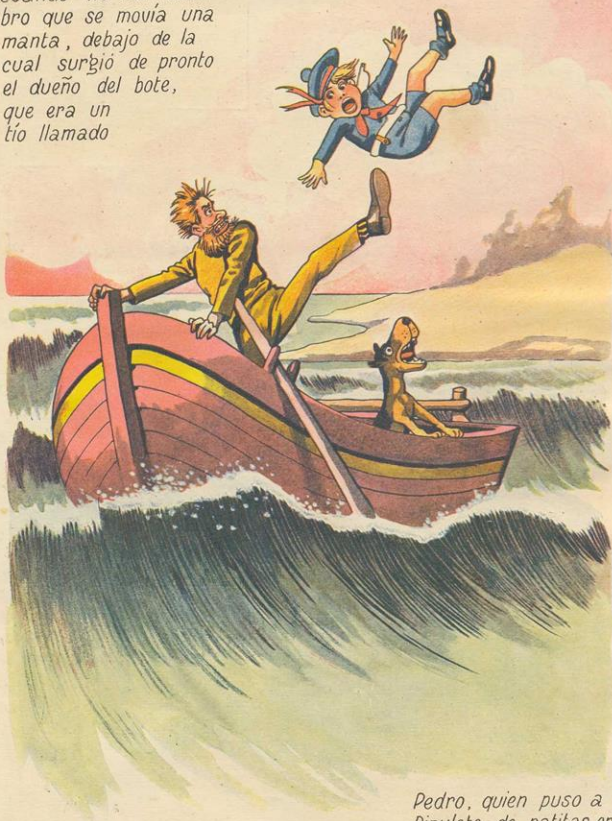
El mar estaba
muy cerca de allí,
y Pirulete,
acordándose



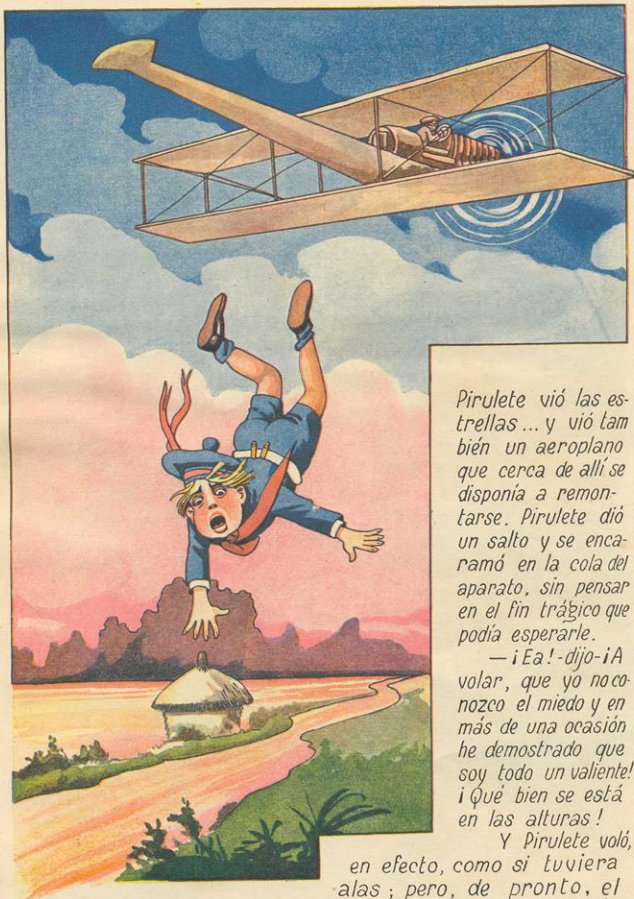
de que Colón
había descu-
bierto un mundo, experimentó
deseos de descubrir otro.

Con estas intenciones se encaminó Pirulete hacia
el mar, y, encontrando en la orilla un bote vacío, se em-
barcó en él. No había metido aún un remo en el agua

cuando vió con asom-
bro que se movía una
manta, debajo de la
cual surgió de pronto
el dueño del bote,
que era un
tío llamado



Pedro, quien puso a
Pirulete de patitas en
la playa, y para que se llevara un buen recuerdo, le dió un
puntapié.

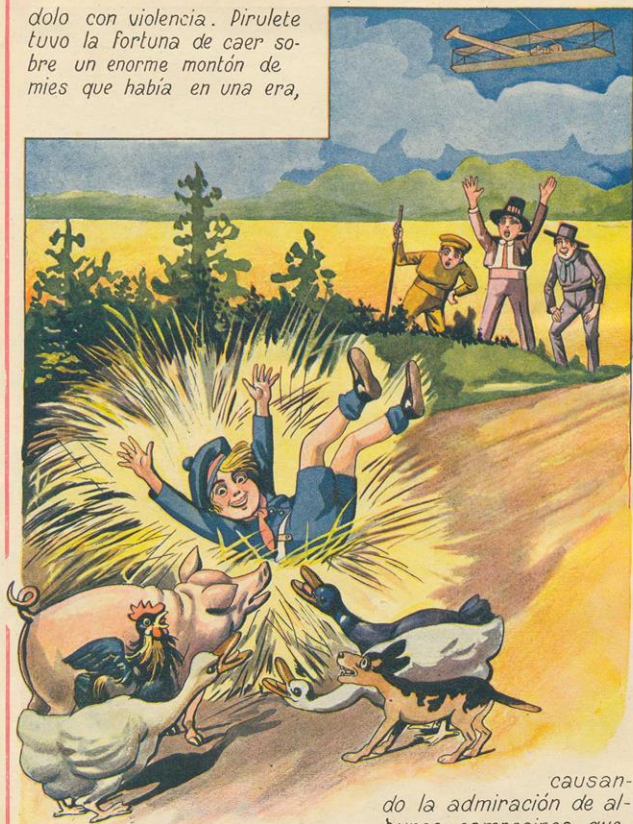


Pirulete vió las estrellas... y vió también un aeroplano que cerca de allí se disponía a remontarse. Pirulete dió un salto y se encastró en la cola del aparato, sin pensar en el fin trágico que podía esperarle.

— ¡Ea! -dijo- ¡A volar, que yo no conozco el miedo y en más de una ocasión he demostrado que soy todo un valiente! ¡Qué bien se está en las alturas!

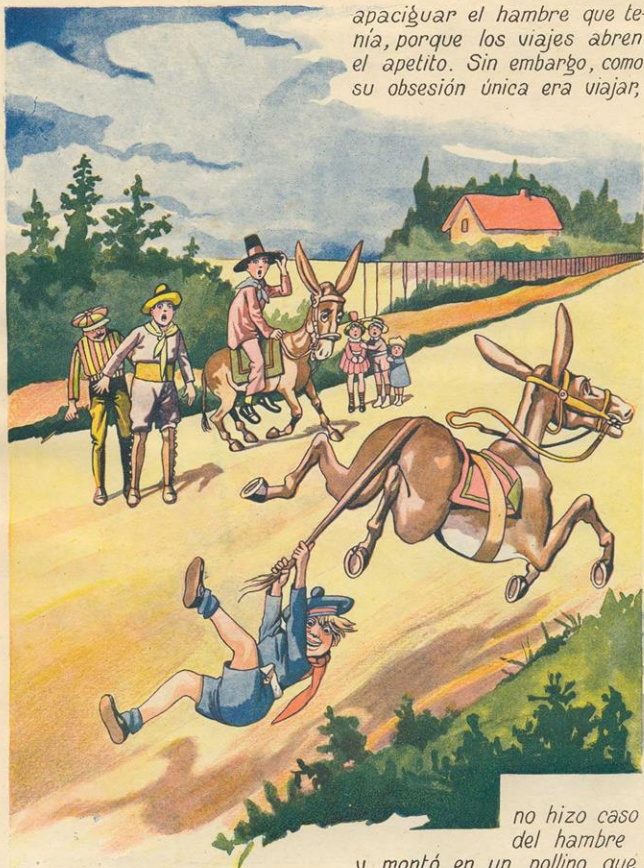
Y Pirulete voló, en efecto, como si tuviera alas; pero, de pronto, el aparato dió un coletazo que le cortó las alas, despidiénd-

dolo con violencia. Pirulete tuvo la fortuna de caer sobre un enorme montón de mies que había en una era,



causando la admiración de algunos campesinos que allí cerca estaban trabajando. El montón de paja fué la salvación de Pirulete, que se la hubiera comido para demostrarle su gratitud... y para

apaciguar el hambre que tenía, porque los viajes abren el apetito. Sin embargo, como su obsesión única era viajar,



no hizo caso del hambre

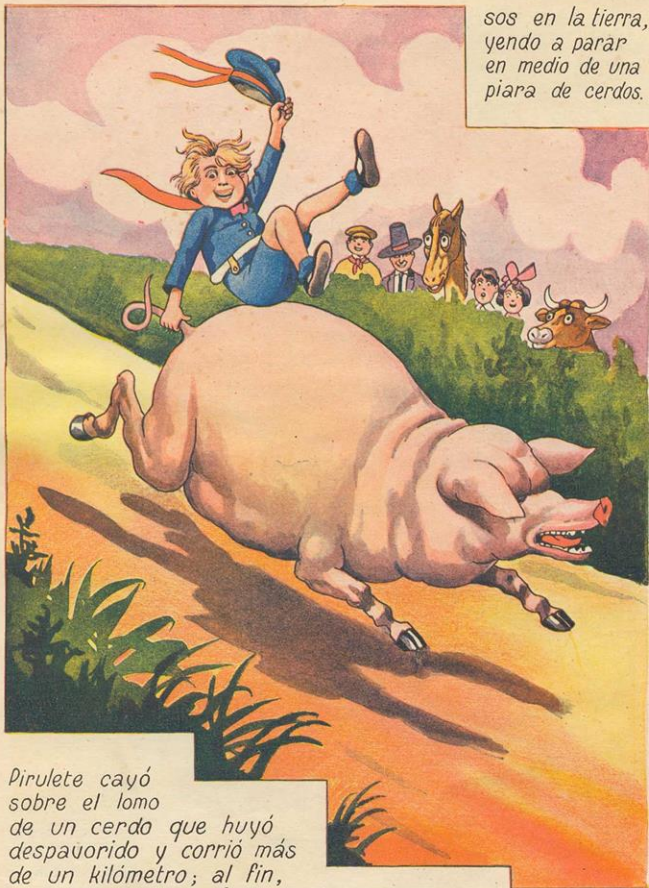
y montó en un pollino que allí había y que partió con la velocidad del rayo, poniendo a Pirulete en grave peligro de romperse la cabeza. Algunos niños y animales que estaban en aquellos alrededores

miraban, entre risueños y
asombrados, a Pirulete, que
hacía esfuerzos inauditos,



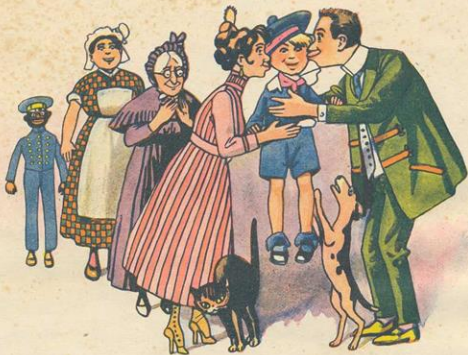
agarrándose
con fuerza al
borrico, para no caer.
se; pero, como no era buen jinete, al fin dió con sus hue-

sos en la tierra,
yendo a parar
en medio de una
piara de cerdos.



Pirulete cayó
sobre el lomo
de un cerdo que huyó
despavorido y corrió más
de un kilómetro; al fin,
el jinete tuvo la fortuna de caer en la
hierba. El pobre Pirulete, que estaba rendido y maltre-
cho, vió un carro cargado de mies que pasaba por la

carretera, y, haciendo un esfuerzo, echó a correr tras él. Lo alcanzó, trepó a él como un mono y se tendió sobre las gaviillas, donde se quedó profundamente dormido. Y como ocurre en algunas novelas, Pi-rulete fué a parar casualmente a siete metros de su casa.



Los padres del chiquillo, que a pesar de todo le querían mucho, lo recibieron con júbilo, y Pi-rulete, satisfecho de haber viajado, creyó necesario descansar y reflexionar un poco antes de emprender nuevas aventuras.

